
Manuel Uribe R., S. J.

LA IGLESIA DE LOS POBRES Y EL SENTIDO DE LAS BIENAVENTURANZAS*

Ubicación del texto

Juan Pablo II se encuentra apenas en su segundo año de pontificado. A comienzos del año anterior viaja a Méjico para inaugurar la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla. Este discurso se pronuncia en un barrio pobre del Brasil, país de extrema injusticia social en el que la Iglesia se ha caracterizado por su decidido apoyo a los pobres, a las comunidades eclesiales de base, a la teología de la liberación. Estas circunstancias ambientan el discurso del Papa. En el saludo inicial Juan Pablo II les dice a los habitantes de la favela:

Al visitaros a vosotros en el Vidigal he deseado visitar a todos los que habitan en "favelas" en cualquier parte de este amado Brasil, el cual estoy recorriendo en una peregrinación apostólica. Al llegar aquí me he interesado, como padre y pastor, preocupado por las condiciones de vida de muchos hijos queridos. . . He hecho preguntas sobre todos y, sobre todo, en relación con esta "favela". Me han hablado de vosotros y me han dicho que, en medio de pri-

* Mensaje a los pobres de la favela Vidigal, Rio de Janeiro, julio 2 de 1980.

vaciones, luchas y amargas, existe solidaridad y ayuda recíproca entre todos, gracias a Dios.

Estructura del discurso

El Papa habla desde la perspectiva de la Iglesia de los pobres y centra su discurso en explicar el significado de las bienaventuranzas y sobre todo de la primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos".

Quiénes son los pobres de espíritu

Entre vosotros hay muchos pobres. Y la Iglesia en tierra brasileña quiere ser la Iglesia de los pobres. Ella desea que en este gran país se realice la primera bienaventuranza del Sermón de la Montaña.

Los pobres de espíritu son los que están más abiertos a Dios y a las "grandes obras de Dios" (Hech , 2, 11). Pobres, porque están dispuestos a aceptar siempre todo don de lo alto que procede del mismo Dios. Pobres de espíritu son los que viven con la conciencia de haber recibido todo de las manos de Dios como un don gratuito y dan valor a todo bien recibido. Constantemente agradecidos, repiten sin descanso: "Todo es gracia", "demostramos gracias al Señor nuestro Dios". De ellos, Jesús dijo en una ocasión que son "puros de corazón", "mansos"; son éstos los que "tienen hambre y sed de justicia", éstos, los que están continuamente "aflicidos"; éstos, los que son "operadores de paz" y "perseguidos por causa de la justicia". Son éstos, finalmente, los "misericordiosos" (cf. Mat., 5, 3-10).

En efecto, los pobres, los pobres de espíritu, son los más misericordiosos. Los corazones abiertos a Dios son, por ello mismo, los más abiertos a los hombres. Están dispuestos a ayudar y a prestar. Prontos a compartir lo que tienen. Dispuestos para recibir en casa a una viuda o a un huérfano abandonado. Encuentran siempre un lugar sobranante de más en medio de la estrechez en que viven. Y con este espíritu saben encontrar un trozo de pan y un poco de alimentos en su pobre mesa.

Pobres, pero generosos; pobres, pero magnánimos. Sé que aquí hay muchos de éstos, aquí entre vosotros, a los que estoy hablando: pero también en otros distintos lugares del Brasil.

La pobreza de espíritu tiene que ver con la injusticia y el problema social

Las palabras de Cristo sobre los pobres de espíritu ¿conseguirán acaso que se olviden las injusticias? ¿Permiten acaso dejemos sin solución los diversos problemas surgidos en el conjunto de lo que se llama el problema social? Estos problemas, permanentes en la historia de la humanidad, adquieren aspectos diversos en las diversas épocas de la misma y tienen una intensidad propia de acuerdo con la dimensión de toda sociedad, en particular adquiriendo al mismo tiempo la proporción de continentes enteros y, por último, de todo el mundo. Es, pues, natural que estos problemas adquieran también una dimensión propia de este país; es decir, una dimensión brasileña.

Las palabras de Cristo proclamando bienaventurados los "pobres de espíritu" no aspiran a suprimir todos los problemas: al contrario, los ponen en evidencia localizándolos en este punto más esencial que es el hombre; que es el corazón del hombre; que es todo hombre sin excepción. El hombre ante Dios es, al mismo tiempo, el hombre ante los demás hombres.

Pobres en espíritu ¿no significa exactamente "el hombre abierto a los demás", es decir, a Dios y al prójimo?

¿No es acaso verdad que esta expresión dice a los que no son "pobres de espíritu", que ellos están fuera del reino de Dios; que ellos no son y no serán partícipes de este reino?

Ay de vosotros los ricos, cerrados a Dios y a los hombres

Pensando en estos hombres "ricos", cerrados a Dios y a los hombres. . . ¿no dirá Cristo en otro pasaje?: "¡Ay de vosotros! Pero ¡ay! de vosotros, ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay! de vosotros que ahora estáis saciados, porque tendréis hambre.

¡Ah! de vosotros que ahora reís, porque sentiréis afición y lloraría. ¡Ay! de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros. De la misma manera, en efecto, hacían sus padres con los falsos profetas (Luc. 6, 24-26).

"¡Ay! de vosotros", esta frase suena severa y amenazadora, especialmente en boca de Cristo, que acostumbraba a hablar con bondad y mansedumbre y repetía continuamente "bienaventurados". Y no obstante está, El dirá también "¡ay de vosotros!".

Enseñanzas de la Iglesia de los pobres sobre la pobreza de espíritu

La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres. La Iglesia también en tierra brasileña quiere ser la Iglesia de los pobres, es decir, quiere extraer toda la verdad contenida en las bienaventuranzas de Cristo, y sobre todo en esta primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu. . .". Quiere enseñar esta verdad y quiere ponerla en práctica, así como Jesús vino a hacer y enseñar".

a. *A los pobres que viven en la miseria*

A los pobres, a los que viven en la miseria les dice que están particularmente cercanos a Dios y a su reino. Pero, al mismo tiempo, dice que no les está permitido —como a nadie le está permitido— reducir a la miseria a sí mismos y a las propias familias; es necesario hacer todo lo lícito para asegurarse, a sí mismos y a los propios familiares, lo necesario para la vida y para el sustento. En la pobreza es necesario conservar, sobre todo, la dignidad humana y también la magnanimidad, la apertura de corazón respecto a los otros, disponibilidad por la que se distinguen especialmente los pobres, los pobres de espíritu".

b. *A quienes viven en la abundancia o en un relativo bienestar*

A quienes viven en la abundancia o al menos en un relativo bienestar, para los que tienen lo necesario (¡aun cuando acaso lo superfluo escasea!), la Iglesia, queriendo ser la Iglesia de los pobres, les dice: Aprovechaos de los frutos de vuestro trabajo y de una lícita habilidad, pero, en nombre de las palabras de Cristo, en nombre de la fraternidad humana y de la solidaridad social, no os encerréis en vosotros mismos. ¡Pensad en los más pobres. Pensad en los que no tienen lo suficiente, que viven en la miseria crónica, que sufren hambre! ¡Y distribuid parte con ellos! Dadles parte en forma programada y sistemática. Que la abundancia espiritual no os prive de los frutos espirituales del sermón de la Montaña; que no os aleje de las bienaventuranzas de los pobres de espíritu.

c. *A los que tienen en exceso, que viven en la abundancia, en el lujo*

Y la Iglesia de los pobres dice lo mismo, con mayor fuerza, a los que tienen en exceso, que viven en la abundancia, que viven en el lujo. Ella les dice: ¡Mirad un poco alrededor! ¿El corazón no os

duele? ¿No sentís remordimiento de conciencia a causa de vuestra riqueza y abundancia? En caso contrario, si queréis solamente “tener” cada vez más, si vuestros ídolos son el lucro y el placer, acordaos que el valor del hombre no es medido según lo que “tiene”, sino según lo que él “es”. Por tanto, quien acumuló mucho y piensa que todo se resume en esto, acuérdesse que puede valer (en su intimidad y a los ojos de Dios) mucho menos que uno cualquiera de los pobres y desconocidos; que acaso puede “ser mucho menos hombres” que él.

La medida de las riquezas, del dinero y del lujo no es equivalente a la medida de la verdadera dignidad del hombre.

Así, pues, los que tienen sobreabundancia, eviten cerrarse sobre sí mismos, eviten el apego a la propia riqueza, eviten la ceguera espiritual. Eviten todo esto con todas sus fuerzas. No cese de acompañarlos toda la verdad del Evangelio y, sobre todo, la verdad contenida en estas palabras: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. . .”. (Mat. 5,3).

Que esta verdad los inquiete.

Que sea para ellos una advertencia continua y un reto.

Que no les permita siquiera durante un minuto ser ciegos por el egoísmo y la satisfacción de los propios deseos.

Si tienes mucho, si posees mucho, acuérdate de que debes dar mucho, que hay mucho que dar. Y debes pensar cómo dar, cómo organizar la vida socioeconómica y cada uno de sus sectores, para que esta vida tienda a la igualdad entre los hombres y no cree un abismo entre ellos.

¡Si posees muchos conocimientos y estás situado en las alturas de la jerarquía social no debes olvidarte, ni siquiera por un momento, de que cuanto más alto está uno, tanto más debe servir! Servir a los demás. En caso contrario, te encontrarás en el peligro de alejarte a ti mismo y a tu vida del campo de las bienaventuranzas y en particular de la primera de ellas: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Son “pobres de espíritu” también los “ricos” que, en la medida de su riqueza, no cesan de “darse a sí mismos” y de “servir a los demás”.

Otras características de la Iglesia de los pobres

- Habla a todos los hombres. No es una Iglesia de clase.

- Sirve a la lucha por la verdad y por la justicia con la espada de la palabra.
- No quiere servir a fines inmediatos políticos, ni ser instrumentalizada.
- Habla también a los sistemas y a las estructuras.
- Explica el Evangelio a la luz de la ciencia humana.
- Habla en nombre de Cristo y del hombre.

Así, pues, la Iglesia de los pobres habla, en primer lugar y sobre todo, al hombre. A cada hombre y, por ello mismo, a todos los hombres. Es la Iglesia universal. La Iglesia del misterio de la Encarnación. No es la Iglesia de una clase o de una única casta. Y habla en nombre de la misma verdad. Esta verdad es realista. Consideremos bien toda realidad humana, toda injusticia, toda tensión, toda lucha. La Iglesia de los pobres no quiere servir a lo que causa tensiones y hace explotar la lucha entre los hombres. La única lucha, la única batalla a la que la Iglesia quiere servir es la noble lucha por la verdad y por la justicia y la batalla por el verdadero bien, la batalla en la cual la Iglesia es solidaria con todo hombre. En este camino, la Iglesia lucha con "la espada de la palabra", no ahorrando alientos, pero también advertencias, a veces muy severas (de la misma manera que hizo Cristo); muchas veces incluso amenazando y mostrando las consecuencias de la falsedad y del mal. En esta su lucha evangélica, la Iglesia de los pobres no quiere servir a fines inmediatos políticos, a las luchas por el poder, y, al mismo tiempo, con gran diligencia actúa de forma que sus palabras y sus obras no se empleen para este fin, es decir, sean "instrumentalizadas".

La Iglesia de los pobres habla, por tanto, al "hombre"; a cada hombre y a todos. Al mismo tiempo les habla a las sociedades en su totalidad y a los diversos estratos sociales, a los grupos y profesiones diversas. Habla igualmente a los sistemas y a las estructuras sociales, socioeconómicas y sociopolíticas. Habla el idioma del Evangelio, explicándolo incluso a la luz del progreso de la ciencia humana, pero sin introducir elementos extraños, heterodoxos, contrarios a su espíritu. Habla a todos en nombre de Cristo y habla también en nombre del hombre (especialmente a quienes el nombre de Cristo no dice todo, no expresa toda la verdad sobre el hombre, en este nombre contenida).

Exhortación final

Hacedlo todo por una vida más humana, más digna, más justa, más igualitaria, porque solo tiene motivos para existir una sociedad justa.

Abismo no aumente, sino disminuya, a fin de tender a la igualdad social, para que la distribución injusta de los bienes ceda el puesto a una distribución más justa.

Hacedlo por la consideración hacia el hombre que es vuestro prójimo y vuestro conciudadano. Hacedlo en consideración del bien común de todos. Y hacedlo también por consideraciones hacia vosotros mismos. Tiene motivos para existir solo una sociedad socialmente justa, esforzándose por ser cada vez más justa. Solo una sociedad así configurada tiene ante sí el futuro. La sociedad que no es socialmente justa y no tiende a hacerse tal, pone en peligro su futuro. ¡Pensad, por tanto, en el pasado y mirad al día de hoy y proyectad el futuro mejor que toda vuestra sociedad!

La Iglesia de los pobres habla, en consecuencia, así: ¡Hacedlo todo, vosotros particularmente que tenéis poder de decisión; vosotros, de quienes depende la situación del mundo, haced todo para que la vida de todo hombre, en vuestro país, se torne "más humana", más digna del hombre!

Hacedlo todo para que desaparezca, al menos gradualmente, el abismo que separa a los "excesivamente ricos", poco numerosos, de las grandes muchedumbres de los pobres, de los que viven en la miseria. Hacedlo todo para que este abismo no aumente, sino disminuya, a fin de tender a la igualdad social, para que la distribución injusta de los bienes ceda el puesto a una distribución más justa.

Hacedlo por la consideración hacia el hombre que es vuestro prójimo y vuestro conciudadano. Hacedlo en consideración del bien común de todos. Y hacedlo también por consideración hacia vosotros mismos. Tiene motivos para existir sólo una sociedad socialmente justa, esforzándose por ser cada vez más justa. Solo una sociedad así configurada tiene ante sí el futuro. La sociedad que no es socialmente justa y no tiende a hacerse tal, pone en peligro su futuro. ¡Pensad, por tanto, en el pasado y mirad al día de hoy y proyectad el futuro mejor de toda vuestra sociedad!

Comentario

Este discurso resalta asuntos importantes para la Iglesia Latinoamericana.

En su espiritualidad, sitúa la pobreza dentro del espíritu de las bienaventuranzas, en estrecha relación con el reino de Dios. En su eclesiología, caracteriza a la Iglesia universal y en especial a la brasileña, como Iglesia de los pobres. En la parte social afirma que el espíritu de las bienaventuranzas se relaciona estrechamente con la justicia y el problema social. Confirma las enseñanzas del Vaticano II, de Medellín y de Puebla en el sentido de que el manejo evangélico no tiene que ver solo con la persona, sino también con las estructuras y los sistemas, con las ciencias sociales y la política. Ubica la enseñanza de la Iglesia dentro de la historia y las características propias de cada país.

En escritos posteriores el Papa complementará este pensamiento. En la *Laborem Exercens* acentúa mucho más el papel que el pobre tiene en lograr la justicia social a través de movimientos de solidaridad y considera que "la Iglesia está vivamente comprometida en esta causa, porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres. Y los pobres. . . aparecen en muchos casos como resultados de la violación de la dignidad del trabajo humano" (L. E., 8).